

Ségolène Royal

un nou estil de fer política

Fundació  **Rafael Campalans**

Lloc: Mirador del CCCB
c. Montalegre,5

Data: 26 de gener de 2007 a les 16h

Ségolène Royal : un nou estil de fer política

Barcelona, 26 de gener 2007

- 16.00h** **Presentació**
MARIA BADIA, secretaria de política europea i internacional del PSC i diputada al Parlament Europeu

ALBERT AIXALÀ, director de la Fundació Rafael Campalans
- 16.20h** **UNA CAMPANYA ORIGINAL AMB NOUS MECANISMES DE PARTICIPACIÓ**
CHRISTINE FREY, coordinadora dels comitès "*Désirs d'Avenir*" en Paris
- 16.50h** **LAS CONSECUENCIAS EN LAS BASES I LA DIRECCIÓ DEL PS: CAP A UNA REFUNDACIÓ DEL PARTIT?**
DAVID ASSOULINE, Senador de Paris, Regidor de Paris del XXe Arrondissement
- 17.20h** **L'IMPACTE EN LA POLÍTICA I LA SOCIETAT FRANCESAS**
GÉRARD GRUNBERG, director científic de Sciences Po i director de recerca del CNRS al CEVIPOF
- 17.50h** **Debat amb tots els participants**

Christine Frey és coordinadora dels comitès “Désirs d’Avenir” a París i membre del comitè d’animació parisi de la campanya de Ségolène Royal. “Désirs d’Avenir” (Desitjos de Futur) és el nom de l’associació que dóna suport a Ségolène Royal en la seva candidatura per a les eleccions presidencials franceses de 2007.

Llicenciada en dret públic i titular d’un postgrau en administració territorial, és, des de 2001, regidora del IIIème Arrondissement de París, responsable de vida associativa, democràcia local i igualtat de gènere.

David Assouline és senador per París des de l’any 2004 i regidor municipal del XXè Arrondissement de París. És, a més, membre nacional de l’equip de campanya de Ségolène Royal.

Professor de Geografia i Història de formació, lligat al moviment trotskista, va ser membre actiu dels moviments juvenils dels anys 80, sobretot en la lluita contra el racisme i la lluita contra la reforma de la Universitat (Ilei Devaquet, 1986)

El 1992 comença a militar al PS, partit del que actualment és secretari de Defensa. La seva trajectòria política passa sobretot per París i el seu XXè Arrondissement. En la seva tasca com a Adjunt de l’Ajuntament de París responsable de l’àrea de joventut, les seves accions es van caracteritzar per la posada en marxa de mecanismes de democràcia participativa, així com la millora de les relacions entre ajuntament i món universitari.

David Assouline és, a més, autor dels llibres *Un Siècle d’immigrations en France* (Editions Syros.1995-1997), de treballs de recerca sobre la repressió dels algerians a França el 1961 (coautor d’*A propos d’octobre 1961*, Editions ANM, 2001) i d’un documental sobre la història dels jueus del Marroc, *Entre Paradis perdu et Terre Promise* (60 mn, Mercredi de l’Histoire, Arte. 1997).

Gérard Grunberg és director científic de Sciences Po de París i director del CNRS (Centre National de Recherche Scientifique) al CEVIPOF (Centre de recherches politiques de Sciences Po) des de 1985. Gérard Grunberg va ser assessor tècnic del gabinet del Primer Ministre Michel Rocard entre 1988 i 1991. Actualment és professor del màster “Societats i polítiques comparades” de Sciences Po.

Especialista en sociologia política, la seva recerca s’encamina sobretot cap a l’anàlisi del comportament electoral, els sistemes de valors, la qüestió de la representació política i els partits polítics, concretament el Partit Socialista Francès i Europeu.

És autor de publicacions de referència com *Le long remords du pouvoir. Le parti socialiste français 1905-1992*, en col·laboració amb Alain Bergounioux i *Vers un socialisme européen* (Hachette, 1997). D’entre les seves publicacions més recents, destaquen *L’ambition et le remords. Les socialistes français et le pouvoir (1905-2005)*, amb Alain Bergounioux (Fayard, 2005), *La démocratie à l’épreuve. Une nouvelle approche de l’opinion des Français* (codirecció de Nonna Mayer i Paul Sniderman, Paris, Presses de Sciences Po, 2002) , i amb Zaki Laïdi, *Sortir du pessimisme social, Essai sur l’identité de la gauche* (Hachette Littératures - Presses de Sciences Po, 2007).

DOSSIER DE LECTURES

- "El triunfo de una rebelde", *La Vanguardia*, 18 de noviembre de 2006.
- BAZIN, François (2006). "Quelle histoire!", *Le Nouvel Observateur*, nº2194, 23 de noviembre.
- GRUNBERG, Gérard y LAIDI, Zaki (2006). "Ségolène Royal, la política de la vida", *El Mundo*, 23 de noviembre.
- BAZIN, François (2006). "PS: la grande mutation", *Le Nouvel Observateur*, nº2193, 16 de noviembre.
- "Royal Coronation", *The Economist*, nº8505, 25 de noviembre de 2006.
- MOSCOSO DEL PRADO Juan (2006). "Cosmopolita y real", *El País*, 31 de diciembre.

LA CARRERA POR LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA ► Una personalidad francesa

REVISTA DE PRENSA

Victoria espectacular

■ Es una victoria espectacular la que acaba de conseguir, en primera vuelta, Ségolène Royal. Los socialistas franceses han votado por la renovación. El éxito de Royal se centra en: la novedad de la candidata, y su libertad tanto de tono como de estilo con respecto a su partido, de sus dogmas y de sus caciques. En definitiva, tiene una personalidad, según sus seguidores, capaz de batir a la derecha en mayo del 2007.

Le Monde

Royal contra Royal

■ Clara, limpia y de órdago. La victoria de Ségolène Royal no es cuestionada por nadie. Su primer triunfo es ser mujer. Su segundo triunfo es haberse liberado de algunos dogmas socialistas. Su tercer triunfo haber conseguido como ministra éxitos en políticas sociales. Liberada de toda presión de sus opositores con una contundente victoria, Ségolène Royal se rinde a su más peligroso adversario: la propia Ségolène Royal.

LE FIGARO

Mujer presidenciable

■ Finalmente una mujer consigue por primera vez ser candidata a la presidencia de la República francesa. La responsabilidad que le recaerá es ser la jefa de fila de la izquierda francesa. Ségolène Royal tiene como cometido recomponer la unidad del Partido Socialista. Sin renunciar a nada de su singularidad, el origen del éxito de la líder socialista es haber conseguido hablar una lengua nueva en política.

L'ESPRESSO

La 'Zapatera'

■ La presidenta socialista de la región Poitou-Charentes, Ségolène Royal, ha ganado su apuesta: imponer su candidatura para las presidenciales del 2007 ante los elefantes del Partido Socialista. Ségolène Royal podrá así volver a ser en las próximas semanas lo que ella había sido en la euforia de las últimas elecciones regionales: la Zapatera, en alusión al primer ministro español que llevó la izquierda al poder.

LA GAZETTE

El triunfo de una rebelde

Ségolène Royal escogió el día de su 52 cumpleaños, el 22 de septiembre del 2005, para anunciar su intención de concurrir por la candidatura socialista al Eliseo. Su paso adelante provocó todo tipo de comentarios despreciativos y sonrisas condescendientes entre los elefantes del partido. "¿Quién se va a ocupar de los niños?", ironizó de forma machista Laurent Fabius, uno de los más insignes paquidermos, recordando el vínculo sentimental de Royal con el primer secretario del Partido Socialista francés, François Hollande. Catorce meses ha tardado Ségolène Royal en alcanzar su objetivo, en lo que algunos analistas han bautizado ya como una "guerra relampago", helando las sonrisas de sus rivales y haciendo enmudecer a sus críticos.

La carrera de Ségolène Royal, sin embargo, empezó muchísimo antes, cuando decidió rebelarse contra el destino de amable y cultivada ama de casa que le tenía reservado su padre, un estricto, autoritario y conservador teniente coronel de artillería, Jacques Royal, a quien tuvo que arrancar por la fuerza su derecho a cursar estudios. Nacida el 22 de septiembre de 1953 en Dakar (Senegal), donde estaba destinado su padre, la joven Marie-Ségolène –nombre que años después se cambió, simplificándolo– era la cuarta de una numerosa familia de ocho hermanos, lo que situaba ante ella un futuro gris. "La vida me enseñó muy pronto que mi única oportunidad de libertad, era la de triunfar en la escuela y tener una profesión", ha explicado. Su acendrado, aunque heterodoxo, feminismo hundió sus raíces en esta época.

Su determinación y coraje –¿su ambición?– permitieron Royal escapar a su destino de hija casadera –quizá por ello no se ha casado nunca, pese a llevar 25 años unida a su compañero sentimental y ser madre de sus cuatro hijos–. La misma determinación, coraje y ambición que le han llevado a conseguir la nominación como candidata del PS al Eliseo en 2007 y que pueden llevarla a convertirse, la próxima primavera, en la primera mujer presidenta de la República.

Ségolène Royal, a quien no le van las medias tintas, se propuso llegar hasta lo más alto. Y lo consiguió. Licenciada en Economía por la Universidad de Nancy, diplomada por el Instituto de Estudios Políticos (IEP) de París y miembro de la promoción Voltaire de la eli-

Su determinación y coraje permitieron Royal escapar a su destino de hija casadera



REUTERS/REGIS DIVERZEAU

1953	1978	1980	1982-1988	1988	1992-1993	2000-2002	2004
● Nace en Dakar (Senegal) el 22 de septiembre	● Ingresa en el PS	● Finaliza sus estudios en la Ecole Nationale d'Administration (ENA)	● Trabaja en la secretaría del presidente François Mitterrand	● Elegida diputada por Deux Sèvres	● Ministra de Medio Ambiente en el gobierno de Pierre Bérégovoy	● Ministra de la Familia y de la Infancia en el gobierno de Lionel Jospin	● Elegida presidenta de la región de Poitou-Charentes

tista Escuela Nacional de Administración (ENA) –donde coincidió con Hollande y con el actual primer ministro francés, Dominique de Villepin–, se forjó una sólida carrera académica. Militante del Partido Socialista desde 1978, el triunfo de François Mitterrand en 1981 la catapultó a la alta política: ella y Hollande fueron fichados por Jacques Attali para integrar el joven equipo de consejeros del nuevo presidente de la República.

La primera muestra de que Ségolène Royal podía tener un tirón electoral fue su elección en 1988 como diputada en el distrito de Melle (Deux Sèvres), que desde entonces ha mantenido como un feudo personal inextinguible. Mientras Hollande se dedicaba a la vida interna de partido, Royal inició una fructífera carrera gubernamental. Ministra de medio ambiente en el Gobierno de Pierre Bérégovoy (1992-93), y de enseñanza escolar (1997-2000) y de familia (2000-2002) con Lionel Jospin, la actual presidenciable socialista forjó aquí su popularidad, con medidas para erradicar las novatadas en las escuelas, el acceso a la pildora del día siguiente por parte de las adolescentes o la instauración del permiso de paternidad. Una popularidad corroborada por su apabullante éxito en las elecciones regionales del 2004, donde ganó ampliamente la presidencia de Poitou-Charentes convirtiéndose en la única mujer que preside una región francesa. Ahí se ganó el sobrenombre de Zapatera.

Ségolène ha hecho de su feminidad y de su condición de madre bazas políticas tan importantes como su autonomía y libertad de criterio respecto a un partido en el que siempre ha sido un *elector libre*, al margen de las camarillas y las familias políticas. Su discurso llega a los ciudadanos porque habla de los problemas cotidianos y porque –antidogmática militante– no le importa asumir la defensa de principios tradicionalmente asociados a la derecha como la familia, el orden, la disciplina, el trabajo y el esfuerzo. La misma disciplina, trabajo y esfuerzo que pueden conducirla al Eliseo. ■

JORNADA DE DEBAT:
Dilluns 27 de novembre de 08.30 a 14.00 hores
World Trade Center

Aspectes crítics de l'aplicació del nou Codi Tècnic de l'Edificació

60 dies després de la seva entrada en vigor

- DB-HE Estalvi energètic
- DB-SI Seguretat en cas d'incendi

Els assistents rebran el Codi Tècnic de l'Edificació, documentació de les ponències i certificat d'assistència.

Preu: Enginyers Industrials associats i/o col·legiats: 30 €
Públic en general: 50 €

Informació i programa: www.eic.cat
Maribel Zoco, tel.: 93 319 23 00 o a/e: mzoco@eic.es.
Places limitades i sota reserva

ing Enginyers
Industrials de Catalunya
Associació / Col·legi

«Quelle histoire !»

Cette fois, c'est elle. En un an, Ségolène Royal a tout raflé. Elle n'était rien, désormais elle est tout. La nouvelle reine du PS a dit l'essentiel en une phrase au soir de sa victoire : « Je vais rester moi-même. » Ce message à tous ceux qui ne l'ont pas vue venir ou l'ont trop longtemps méprisée donne déjà le ton de sa campagne : « On accélère. » Voyage dans les coulisses de la révolution Ségolène

«Quelle histoire!» C'est par ces mots que le 10 mai 1981 au soir François Mitterrand avait accueilli la nouvelle de son élection. Ce sont ceux-là mêmes que Ségolène Royal a repris à son compte en petit comité, le 16 novembre 2006, lorsqu'elle a compris que les jeux étaient faits et que les militants l'avaient adoubée avec une force qui ne souffrait aucune contestation. Quelle histoire, en effet... Il y a à peine un an, elle n'était rien. Une femme, populaire sans doute, mais si frêle et si seule, au milieu des éléphants du parti. Une voix, originale à coup sûr, mais couverte par tant d'autres, plus puissantes et plus structurées que la sienne. Une réputation, contrastée au demeurant, qui lui ouvrait toutes les portes, sauf celle du saint des saints où siégeaient les présidentiables patentés du PS.

Et si c'était elle ? A l'époque, c'était à la fois une question et une intuition. C'est désormais une évidence. 60% ! Face à des adversaires aussi coriaces que Fabius et DSK, peu nombreux étaient ceux qui, jusque dans son propre entourage, avaient osé pronostiquer, à la veille du scrutin, une pareille déferlante. Pourquoi ? Comment ? Et maintenant ? Dans le maelström d'une soirée de pur bonheur, jamais entachée par la moindre once de stress tant la victoire s'est dessinée rapidement, ces questions-là - décisives pour la suite - n'ont été qu'effleurées par la nouvelle reine du PS et ses proches conseillers.

C'est dans ces occasions-là, pourtant, que souvent tout est dit, en quelques mots lapidaires. Les premiers («Je vais rester moi-même») l'ont été devant les caméras de télévision qui se bousculaient dans la salle des fêtes de Melle, ce nouveau QG du ségolénisme présidentiel. Les autres, juste avant d'aller se coucher, sur le coup de 3 heures du matin, lors d'un bref aparté avec son ami Julien Dray. Lui : «Souvenons-nous de ce référendum interne sur l'Europe, gagné haut la main par Hollande en décembre 2004. Dans l'ivresse de la victoire, on a cru que l'affaire était pliée. On s'est endormi sur nos lauriers et quand on s'est réveillé, deux mois plus tard, la campagne, la vraie, nous avait déjà échappé.» Elle : «Cette leçon-là, ne t'inquiète pas, je ne l'ai pas oubliée.»

Ne rien oublier. Ne rien pardonner non plus. En tout cas marquer son territoire. Ainsi va Ségolène, au pied d'une nouvelle «montagne». Elle est arrivée à Melle, dans son fief poitevin, dans la nuit de mercredi. Elle y est restée quatre longues journées, dont plus de deux pratiquement solitaires, pour ne rejoindre Paris qu'en début de semaine. Simple détail ? Pur choix de confort ? Ceux qui le pensent, décidément, la connaissent bien mal. Melle est un symbole, une butte témoin et la promesse d'une revanche. Sa campagne, elle la mènera contre Paris. Paris qui la snobe, Paris qui ne l'aime pas, Paris qui la bizute comme une péronnelle sans cesse priée de montrer ses maigres quartiers de noblesse. C'est dans les sections socialistes de la capitale qu'elle a fait ses scores les plus décevants. «La France, ce n'est pas le Poitou en plus grand», avait lâché Fabius un soir de débat. La formule avait amusé. A tort, car derrière elle c'était le ségolénisme réel qui pointait le bout de son nez.

La candidature Royal est née au printemps 2004. Présidente de région ! Pour beaucoup de ses collègues, c'était un bâton de maréchal. Pour elle, c'était bien davantage : la première étape vers de nouvelles conquêtes. Qui l'a compris à l'époque ? Hollande, son compagnon, à coup sûr. Jospin également, qui lui adressa illico une lettre pincée pour quelques phrases critiques à son égard, prononcées dans les colonnes de « l'Obs » et dont il sentait bien qu'elles

cacheaient autre chose. Daniel Percheron, enfin, son homologue du Nord-Pas-de-Calais, homme de tradition et d'intuition, qui résuma son propos en deux phrases qui aujourd'hui disent tout : «Nous sommes en train de changer de système politique avec la parité, le

quinquennat et surtout l'élection des présidents de région au suffrage direct. Désormais, en France comme aux Etats-Unis, les gouverneurs d'Etat rêvent de conquérir Washington.»

Nous y sommes. Et il n'a pas fallu longtemps pour que Ségolène Royal en administre la preuve. Vendredi, lendemain de victoire, à l'heure du déjeuner. Autour de la table, il y a la candidate et son staff rapproché : Sophie Bouchet-Petersen, Christophe Chantepy, Julien Dray, Thierry Lajoie, Patrick Menucci, Benoît Pichard. Bref, ses « Compagnons de la Libération ». Ceux qui étaient déjà là au début de l'année, quand elle n'était pas grand-chose. Petit conclave entre amis ? Pas seulement, car si le débat est apparemment technique - aller ou non le soir même sur le plateau de TF1 ; faire ou non du congrès du PS, dimanche 25 novembre, le premier acte de sa campagne -, il cache mal des enjeux d'une tout autre importance. C'est sur le chemin de Poitiers où l'attend son TGV que Ségolène Royal décidera finalement de repousser à plus tard son rendez-vous télévisé pour retourner à Melle. Pourquoi, en effet, replonger aussi vite dans le marigot parisien ? C'est à ce moment-là également qu'elle demandera qu'on travaille sur l'organisation éventuelle d'un grand meeting populaire, le vendredi suivant à Evry, dans l'Essonne. Voire à la réunion rapide autour d'elle de tous les présidents de région. Avec une obsession : comment éviter que les premières images de la candidate nouvellement investie soient celles - ô combien classiques ! - d'un raout du PS à la Mutualité, avec ses éléphants alignés en rang d'oignons en bas de la tribune ?

Comme dit souvent Ségolène Royal, « tout se tient ». Paris, TF1, la Rue de Solférino, en l'occurrence. Non pas qu'elle les place sur un même pied. Mais parce que, chacun à sa mesure, ils incarnent ce qu'elle entend désormais contourner dans des compromis dont elle veut contrôler la moindre virgule. Son score dans le parti - plus de 60% - la détache de son appareil. Il lui donne des marges. Elle les a toutes explorées lors de sa retraite poitevine avant d'aller rencontrer, en début de semaine, les barons qui ont accompagné la chevauchée victorieuse : Jean-Marc Ayrault et Jean-Pierre Bel, les présidents des groupes parlementaires, François Rebsamen, son probable directeur de campagne. François Hollande enfin, puisqu'il est le premier secrétaire du PS...

Tout au long de la campagne interne et des débats qui l'ont rythmée, Ségolène Royal a vécu dans la crainte à la fois d'une confrontation qui l'abîme et d'une compétition qui la banalise. Rester différente. Parce qu'elle est femme. Parce qu'elle est « gazelle » et non pas éléphant. Parce qu'au fond son projet, tout en restant socialiste, n'était pas seulement celui du PS. Pierre Mauroy, qui a un flair sans pareil, l'avait confié quelques jours avant le scrutin, en marge d'un meeting lillois : « Ce qui fait la force de Ségolène, c'est une petite musique que les gens ont tout de suite perçue. Avec elle, nous montrons que nous aussi avons changé et que le retour des socialistes ne sera pas la simple réinstallation des nôtres dans les palais ministériels. »

Le mouvement, toujours le mouvement. Ou plutôt « le mouv », comme elle dit maintenant à force de fréquenter Julien Dray. Dès le lendemain de sa victoire, c'est sur ce terrain-là que sont nées les premières tensions de la seconde campagne de Ségolène Royal. Sur des questions d'organisation qui, comme toujours, cachent des divergences politiques et des rivalités d'équipes. D'un côté, les historiques de l'aventure ségoléniste, de l'autre, les ralliés de l'appareil. Ceux de Melle contre ceux de Solférino, version dijonnaise, nantaise ou tulloise. Les uns plaçant pour une campagne longue, interactive, décentralisée, redémarrant dès le lendemain de la désignation de la candidate. Les autres plus soucieux du rythme de cette nouvelle aventure qu'ils voudraient voir plus dense, plus professionnelle, mieux articulée avec les structures du parti, quitte à ce que celui-ci prenne en charge l'animation de la précampagne, au côté d'une candidate moins exposée médiatiquement et plus présente sur le terrain international.

Ségolène Royal a peu apprécié que, dès vendredi matin sur Europe 1, le chef de file de cette école François Rebsamen s'avance sur des questions qu'elle n'avait pas encore arbitrées. Simple question d'ajustement ? Peut-être... La candidate et celui qu'on désigne comme son futur directeur de campagne se sont vus mardi pour mettre toutes les cartes sur la table. Il était urgent de lever des malentendus naissants. Dès lors que, début octobre, Ségolène Royal avait annoncé qu'elle installerait son local de campagne au siège national du PS, n'y avait-il pas une certaine contradiction à vouloir garder ses distances à l'égard de ceux qui y travaillent ?

Ces ajustements perpétuels sont consubstantiels au ségolénisme qui, dans l'action, est un art

du décalage. Dedans et dehors. Au centre et à la marge. Tellement classique et pourtant si baroque. De ce point de vue, l'ampleur de la victoire du 16 novembre n'arrange pas les affaires de ceux qui rêvaient un peu vite d'un retour à l'ordre ancien, une fois la désignation acquise. Ségolène Royal a gagné trop nettement pour qu'elle ne considère pas qu'elle le doit d'abord à elle-même, à sa méthode, à ses capacités d'innovation et de transgression. «Mon score est révélateur d'un mouvement dans le parti, mais aussi dans la société, a-t-elle confié à chaud. Il ne faut surtout pas laisser retomber cet élan.» Pourquoi en effet changer de registre quand soudain tout s'éclaire ? Comme le dit un de ses barons de province, qui l'observe avec un mélange de fascination et de crainte : «Ségo écoute beaucoup mais ne négocie rien.» Avec elle, tous les compteurs sont remis à zéro.

Un jour qu'on évoquait devant elle la contrepartie ministérielle d'un ralliement de poids- celui de Jack Lang en l'occurrence -, Ségolène Royal a eu ce mot féroce qui signe sa ligne de conduite : «Rien ne doit être acquis d'avance. Tout dépendra des performances des uns et des autres durant la campagne. La politique par la preuve, c'est ça.» La championne de la démocratie participative rêve aussi de «mettre les Français au coeur du projet socialiste» pour arbitrer avec eux, avant même l'élection, les dossiers les plus lourds de son futur quinquennat. Ceux de l'éducation par exemple. Elle fouette les siens et entend mobiliser ceux qui ne le sont pas encore, c'est-à-dire les électeurs. Quand elle est revenue de Melle, lundi matin, rien- vraiment rien - n'indiquait qu'elle ait changé d'un iota les rudes préceptes qui ont balisé, depuis un an, les étapes de son stupéfiant succès. «On continue?» lui a demandé un de ses proches. La réponse est tombée comme un couperet : «Non! On accélère.»

Repères

Née à Dakar en 1953.

Elevée dans les Vosges par un père militaire de carrière et une mère au foyer, quatrième dans une famille de huit enfants.

Compagne de François Hollande, avec qui elle aura quatre enfants, deux garçons et deux filles.

Diplômée de l'ENA en 1980.

Conseillère technique à l'Élysée de 1981 à 1988.

Elue députée des Deux-Sèvres en 1988 et réélue depuis sans interruption.

Battue aux municipales de Niort en 1995.

Nommée ministre de l'Environnement (1992-1993), ministre déléguée chargée de l'Enseignement scolaire (1997-2000) puis de la Famille et de l'Enfance (2000-2002).

Elue présidente du conseil régional de Poitou-Charentes en 2004.

Désignée candidate du PS à l'élection présidentielle le 16 novembre 2006.

François Bazin

Le Nouvel Observateur

OPINION

TRIBUNA LIBRE

Ségolène Royal, la política de la vida

GERARD GRUNBERG Y ZAKI LAIDI

Acontecimiento histórico en la vida política de la V República de Francia: una mujer, moderadamente implicada en la vida partidista y no programada para la magistratura suprema, es designada por su partido, cuando nadie se lo esperaba, como candidata a las elecciones presidenciales.

Por mucho que se quiera explicar el éxito de Ségolène Royal por la influencia de los medios de comunicación y por la victoria de la democracia de la opinión pública sobre la democracia de los partidos, las cosas no son tan sencillas. Si bien la democracia de la opinión pública influyó en la decisión de los militantes, también reforzó al Partido Socialista francés, gracias a la aportación de nuevos simpatizantes. De hecho, el voto por Royal integra dos tipos de apoyos: el de los nuevos militantes ávidos de renovación y el del aparato del partido, preocupado por la eventualidad de una nueva derrota.

Ségolène Royal entendió a la perfección que, para representar a los franceses, ante todo tenía que identificarse con ellos, aportarles la prueba de que podía encarnarlos más allá de las divisiones partidistas. Pero lo hace de una forma nueva. En efecto, asienta sutilmente su autoridad, no tanto de una forma impositiva («Siganme, porque soy la mejor») sino de una forma intersubjetiva («Siganme, porque me reconozco en ustedes»).

No se trata ya del poder conquistado por un principio de autoridad, sino por el de la interactividad. Esta capacidad de encarnar a la gente reenvía más a una simbología que a una realidad tangible, la simbología del enraizamiento y de la autoridad.

Defendiendo las regiones, Ségolène Royal, como antes François Mitterrand, intenta identificarse con una Francia rural, en la que no es necesario encerrarse, pero a la que hay que conquistar para poder ganar las presidenciales. La defensa del mundo rural, a finales de los años 80, parecía algo incoherente, sobre todo realizada por una diputada de izquierdas «joven y moderna». Pero quizás Ségolène Royal estaba poniendo entonces, sin saberlo, los cimientos de su campaña.

Sobre este terruño simbólico, Ségolène Royal enraizó el árbol de su autoridad. Pero, en vez de declinarla de una forma abstracta («el respeto hacia la República»), lo hizo de una forma concreta, partiendo de la autoridad de los padres. Puede que se encuentre en este llamamiento a los valores «de la tierra y de la autoridad» un relente conservador muy alejado de los ideales de la izquierda. Pero es algo que parece conectar perfectamente con los franceses.

Desde el año 2002, el PS dudaba entre tres caminos: la ambigüedad magistralmente representada por François Hollande; la modernización socialdemócrata defendida con retraso por Dominique Strauss-Kahn, y el retorno, también tardío, al programa común de 1972, preconizado por Laurent Fabius.

La originalidad de Royal consiste en haber evitado estos arrecifes, desplazando los objetivos. Ya no se trata de elegir entre dos o tres doctrinas, sino de construir una nueva relación con la política, que reenvía más a las experiencias de los individuos que a concepciones ideológicas.

Si Ségolène Royal tiene un lado blairista es precisamente por su capacidad de entender que la política ya sólo puede pensarse en referencia a las experiencias múltiples de las personas, en referencia a lo que los ingleses llaman *life politics*. La política no se limita a hablar sencillamente de los problemas de la vida cotidiana.

Muchos políticos lo hicieron antes de Royal. Se trata de integrarla en la cadena continua de los problemas de la vida, tomados en su dimensión concreta, pero también ética, identitaria y simbólica.

Por ejemplo, la relación con la autoridad reenvía tanto a cuestiones muy concretas («tener» hijos) como a interrogantes éticos (las responsabilidades que asumen los padres en una sociedad más tolerante, pero también menos cohesionada y más violenta). Todo ello nos conduce a otra característica de Ségolène Royal: su capacidad para triangular los temas y asumir los problemas clásicamente planteados por la derecha con un modelo casi exclusivo («la seguridad somos nosotros»), para apropiárselos en una perspectiva «de izquierdas».

A partir de ahora, Ségolène Royal tendrá que conciliar dos objetivos: aglutinar a la izquierda del país sin dejar de hablarle al conjunto de los franceses. Respecto del primer punto, la tarea parece factible. El traumatismo del 21 de abril del 2002 milita a favor de esa integración, al igual que su éxito entre los militantes del PS.

Por otra parte, el discurso de Ségolène Royal desarrolla registros, sobre la movilización ciudadana o sobre el control participativo de los diputados, que le pueden hacer ganar los votos de los libertarios, de los ecologistas y de buena parte de los electores de la extrema izquierda. Haciendo, pues, una política de proximidad temática, Ségolène Royal puede seguir jugando en estos dos registros.

El único ámbito en el que tendrá que decantarse de una forma más clara es el de lo social y laboral. En este ámbito, la referencia sólo al programa socialista puede que le sea insuficiente y, en el peor de los casos, contraproducente. Pero, si en esta materia, su margen de maniobra es estrecho, no por eso deja de ser significativo.

Jugando en los registros de la autonomía, de la descentralización y de la participación, Ségolène Royal coloca a los actores sociales ante sus responsabilidades en materia de empleo, siempre que, en caso de no lograr acuerdos, avance propuestas gubernamentales que puedan ser ratificadas en referéndum.

Pisando a fondo el discurso sobre la autonomía de los actores sociales, también puede salir de las contradicciones estériles entre el más Estado y el menos Estado. Porque, ¿cómo hablar de autonomía de las regiones sin hablar de autonomía de los actores sociales o de las universidades? Un discurso edificado sobre la autonomía y la responsabilidad puede unir innovando. Todo está abierto, tanto en un sentido como en el otro. La dinámica está en marcha. Sólo queda subir la montaña...

Gerard Grunberg y Zaki Laïdi son especialistas en Ciencias Políticas y su último trabajo, titulado

Sobre el pesimismo social. Ensayo sobre la identidad de la izquierda, verá la luz en los próximos días.

Après le 16 novembre, rien ne sera plus comme avant

PS : la grande mutation

Le Nouvel Observateur le 16/11/2006

Voilà longtemps que la démocratie d'opinion bouscule le parti et ses dirigeants. Rocard, Delors et même Jospin avaient ouvert la voie d'un mouvement qui s'incarne désormais dans le ségolénisme. Histoire d'une révolution en quatre étapes

Jusqu'au dernier moment, ils ont balancé entre la fierté et la peur. Etonnants militants socialistes ! Si peu nombreux au regard des effectifs des grands partis sociaux-démocrates en Europe. Et pourtant, tellement moins à l'étroit que dans leurs précédentes confrontations, lorsque les nouveaux adhérents - «les 20 euros», comme on dit désormais - ne les avaient pas encore rejoints en bataillons serrés. Leur fierté, elle a été d'ouvrir une voie nouvelle dans la démocratie française avec un système de sélection du candidat à la présidentielle qui n'est pas encore celui des primaires - à la manière italienne - mais qui y ressemble déjà beaucoup.

Etre pionnier ! Il y avait tellement longtemps qu'on ne leur avait plus prêté cette qualité rare. En 1995, lorsqu'il avait fallu départager Lionel Jospin et Henri Emmanuelli, le PS avait déjà tenté l'expérience. Avec succès mais en petit format. A peine quinze jours de campagne, aucun débat entre des concurrents tous deux bien installés dans le paysage politique de la gauche. Rien de semblable cette fois-ci. D'où la crainte qui, depuis quelques semaines, n'a cessé de travailler la famille socialiste. Et si, du débat, naissait surtout la confusion ? Et si le vote n'était pas clair ? Et si l'étoile du parti pour 2007 allait être désignée dans des conditions telles que ses chances de victoire face à Sarkozy s'en trouveraient de facto entamées ?

Toutes ces questions ont été levées, pour le meilleur et pour le pire, par le scrutin du 16 novembre, le plus médiatisé de l'histoire du PS. Au-delà du résultat, on sait surtout, à présent, que le parti refondé il y a trente-cinq ans par François Mitterrand ne sera plus jamais le même. Ce grand basculement a un visage : celui de Ségolène Royal. Ses adversaires le reconnaissaient en privé, avant même que les militants ne se prononcent. Il s'est passé depuis un an quelque chose d'extraordinaire - ou d'anormal - dans la vie du PS : l'émergence brutale d'une personnalité isolée, extérieure à l'appareil, sans soutien d'aucun courant, silencieuse dans ses affrontements de congrès, dotée de la seule aura d'une présidence de région arrachée de haute lutte, et qui, jusqu'au bout, n'aura fait la course en tête que grâce au puissant relais d'une opinion publique séduite par son style, sa méthode et son désir de renouvellement.

Pour la compétition reine de la V^e République, les éléphants, estampillés comme tels, avaient le monopole de la représentation du PS. Cette époque, quoi qu'il arrive d'ici au printemps prochain, est désormais révolue. Triomphe de la démocratie d'opinion dans un parti longtemps attaché aux strictes lois de la démocratie militante ? Cette thèse, développée jusqu'à plus soif dans la campagne interne ouverte officiellement depuis le début octobre, est à la fois juste et sommaire. Elle signale un mouvement. Mais elle ignore le rythme d'une évolution qui vient de loin. Le scrutin du 16 novembre 2006 est en effet le quatrième round d'une bataille qui plonge ses racines dans l'histoire du PS. Retour sur les trois premiers.

Mitterrand - Rocard : le candidat, c'est le parti

En une phrase, tout est dit : *« Cher François Mitterrand, je ne serai pas candidat à la présidence de la République contre vous. »* Le 8 avril 1979, à la tribune du congrès de Metz, Michel Rocard croit faire preuve de panache. Il vient, en fait, de se lier les mains. Le PS a tenu bon derrière son premier secrétaire. C'est désormais lui et lui seul qui dira, le moment venu, s'il entre ou non dans la compétition présidentielle prévue, contre Giscard, en 1981. Ce jour-là, le héraut de la seconde gauche commet sans doute une imprudence. Il prend acte, surtout, des vraies sources de la légitimité au sein du parti qu'il a rejoint quelques années plus tôt. L'essentiel, c'est la ligne. Le juge de paix, c'est le congrès. Celui qui le gagne décide de tout le reste. Sur le papier, il n'y a là, pourtant, rien d'évident.

Longtemps, le PS d'Épinay - modèle 1971 - a vécu avec un seul présidentiable. C'était son fondateur : François Mitterrand. Il décidait et le parti s'alignait. A la présidentielle de 1974, dans l'urgence créée par le décès de Georges Pompidou, ce sont les partis de gauche - le MRG, puis le PC, enfin le PS - qui étaient venus le solliciter. Au terme de ce processus censé symboliser le rassemblement des forces de progrès et la liberté d'un homme, il avait lâché en majesté, un soir de congrès extraordinaire du PS : *« Vous voulez que je sois candidat? Eh bien, je le serai. »* Et la messe était dite...

C'est cette belle évidence que l'irruption du « phénomène Rocard » va venir troubler. Alors que l'union de la gauche vacille sur ses bases et que François Mitterrand, soudain, incarne, selon le mot de son nouveau rival, « un certain archaïsme », le PS compte désormais, pour la première fois de sa jeune histoire, deux présidentiables dans ses rangs. Mitterrand-Rocard : deux cultures, deux projets, deux lignes politiques, deux courants solidement charpentés. Le premier tient l'appareil. Le second a les faveurs de l'opinion, donc des sondages. Dans le grand choc de la démocratie militante et de la démocratie d'opinion, c'est la première qui aura le dessus. Non seulement parce que telle est la loi du parti, mais aussi parce que le représentant de la seconde ne contestera jamais cette hiérarchie.

Metz, de ce point de vue, est un moment fondateur. Il annonce toute la suite : Mitterrand candidat en 1981, Mitterrand réélu en 1988 et Rocard définitivement sous tutelle. Devenu Premier ministre, ce dernier tentera bien de théoriser, dans un discours resté célèbre - celui de Joué-les-Tours, le 20 septembre 1990 - une conception de l'action politique à laquelle il n'a pas renoncé : *« Dans une démocratie moderne comme la nôtre, les partis ne sont ni légitimes ni fondés à vouloir autre chose que ce que veulent les Français. »* Dans le texte, c'est déjà du Ségolène Royal. Mais il est surtout trop tard ou trop tôt. Quand il jette l'éponge en renonçant à toute ambition présidentielle, en juin 1994, au lendemain d'élections européennes calamiteuses, Rocard, alors premier secrétaire, a perdu la confiance à la fois du parti et de l'opinion. Au PS, il n'aura été qu'un entre-deux. Un précurseur, certes. Mais un acteur défait.

Le moment Delors

Paroles de congrès encore... Celui-là a lieu à Liévin en novembre 1994. Le premier secrétaire de l'époque s'appelle Henri Emmanuelli et, dans son discours de clôture, il n'y va pas par quatre chemins : *« Jacques, fais ton devoir. »* Celui que l'on interpelle - ou que l'on supplie - est, ce dimanche-là, chez lui, à Bruxelles, d'où il suit à la télévision, boudeur et énervé, les gammes baroques de ses nouveaux amis. Jacques Delors est un curieux champion pour un PS au bord de l'abîme. Mitterrand achève, malade et contesté, son second septennat. Rocard, le « candidat naturel » des socialistes, est désormais à terre. Place pour un << candidat surnaturel >> ?

Alors que le PS met la barre à gauche toute, c'est pourtant vers le sage de Bruxelles que les regards se tournent. Presque comme une évidence ! Voilà de longs mois que le mouvement a été lancé, d'abord en catimini par les artificiers de l'Élysée, puis à ciel découvert par tous ceux qui n'imaginent pas d'autres voies pour sauver le parti. Vieux grognards du mitterrandisme et jeunes pousses de la rénovation (François Hollande, Martine Aubry, Ségolène Royal...) : tous avancent d'un même pas. Hors Delors, point de salut ! Cet

engouement a des sources multiples. Delors pour faire tomber Rocard. Delors pour rénover la gauche. Delors, surtout, pour faire bouger les lignes et éviter, au printemps suivant, la

victoire annoncée de la nouvelle coqueluche de la droite : le Premier ministre Edouard Balladur...

Delors a dans sa besace de très nombreux atouts. D'abord son expérience, à Paris comme ministre des Finances puis à Bruxelles comme président de la Commission européenne. L'homme est jugé compétent, rigoureux, pédagogue. Il est surtout en phase avec l'opinion et c'est peut-être l'essentiel. Le PS et ses éléphants traditionnels sont voués aux gémonies par le peuple de gauche, qui ne leur pardonne pas les errements politiques et moraux d'un second septennat sans boussole. Delors est populaire. Très populaire. Les sondages le placent au firmament des cotes de popularité. Il peut gagner. C'est sûr, il va gagner. Il n'en faut pas davantage pour que le PS se livre corps et âme à un militant sans doute de synthèse - seconde gauche par ses idées, mitterrandiste par ses fidélités -, mais qui s'est toujours tenu à l'écart de ses joutes internes et qui ne cache guère son peu d'estime pour ceux que cela passionne.

Dans la soumission à la démocratie d'opinion, on ne fera jamais mieux. Liévin, c'est l'anti-Metz. Non plus un congrès qui décide, mais un congrès qui s'incline. Donc un congrès sous tutelle. Si l'aventure était allée jusqu'au bout, c'eût été une rupture totale dans l'histoire du PS, organisée de surcroît par ceux qui l'avaient porté vingt-quatre ans plus tôt sur les fonts baptismaux. Mais voilà : pour que ça marche, il fallait que le candidat supposé le veuille aussi.

Le 11 décembre, sur TF1, Delors, qui a longtemps hésité, mi-flatté par l'attention qu'on lui porte soudain, mi-ulcéré par l'instrumentalisation dont il se sent l'objet, annonce qu'il ne se lancera pas dans l'arène. Devant 11 millions de téléspectateurs ébahis, il lève le suspens face à Anne Sinclair en des termes choisis. Il évoque *«des raisons personnelles»*, dit son désir d'un *«mode de vie plus équilibré entre la réflexion et l'action»* et tacle enfin sans pitié ses amis du PS, qui ne lui auraient pas donné *«les moyens politiques de mener à bien les réformes indispensables»*. Bref, il dit non. Fin de la partie. Et si, dans un style différent, Ségolène Royal n'était autre chose qu'un Delors qui dit oui ?

Jospin - Emmanuelli : le droit d'inventaire

Ce samedi 28 janvier, à moins d'une semaine du vote des militants, ils sont tous les deux là autour du patriarche, à Château-Chinon, pour un banquet improvisé. Henri Emmanuelli et Lionel Jospin au côté de François Mitterrand, plus sphinx que jamais. Lui n'utilisera pas son droit d'inventaire contre ceux qui postulent à sa succession. Pourquoi d'ailleurs le ferait-il ? Ils sont tous deux ses enfants. Rebelles sans doute, mais jamais au même moment. Emmanuelli et Jospin ont grandi ensemble dans l'appareil. Ils ont toujours voté les mêmes motions et défendu les mêmes causes. L'un est premier secrétaire et il a la légitimité du parti. L'autre a exercé ces fonctions durant tout le premier septennat et s'il s'est mis à l'écart, solitaire et blessé, après 1993, il n'est jamais passé pour autant dans l'opposition franche au maître de l'Elysée.

Quand Delors a jeté l'éponge, Jospin a été le premier à entrer en lice. Emmanuelli, poussé par Fabius, l'a suivi de très peu avant qu'un troisième candidat - Jack Lang - ne déclare forfait. Deux hommes pour un fauteuil. Dans l'histoire du PS, c'est une première qui, cette fois, sera arbitrée par le vote direct des militants. A chaud, Ségolène Royal commente (déjà !) : *«Cette procédure affaiblit tout candidat car elle le restreint à des frontières internes au parti, alors que la V^e République exige précisément le contraire. C'est au nom de cette évidence que Rocard et Mitterrand ne se sont jamais affrontés au sein du PS, tant en 1981 qu'en 1988 »*.

Choisir, mais sur quoi ? Devant les militants, Emmanuelli et Jospin ne se distinguent que sur des nuances, le second annonçant même que le vote ne saurait remettre en question les fonctions du patron du PS. Dès lors qu'ils ne débattent jamais face à face, comment éclairer le choix des militants ? Sans doute Emmanuelli et l'appareil du parti défendent-ils une orthodoxie socialiste que Jospin entend discrètement rénover. Mais l'essentiel est ailleurs. Le premier secrétaire du PS reste pris dans les filets de l'affaire Urba et ses bonnes relations avec Tapie déplaisent à une gauche avide d'honnêteté. Et puis, surtout, il y a les sondages. Ils ne sont brillants ni pour l'un ni pour l'autre, mais seul Jospin paraît pouvoir s'immiscer dans le match Chirac-Balladur et être ainsi présent au second tour. C'est l'argument massue. Celui que les jospinistes utiliseront durant toute la campagne interne.

Le jour du vote, c'est le triomphe de la démocratie d'opinion : 65% pour Jospin. Les militants, dans un choix restreint aux seuls hommes de parti, ont tranché sur un seul critère : la performance supposée devant les électeurs. Et finalement, c'est peut-être là que tout a basculé, après l'offensive ratée de Rocard en 1979 puis le rendez-vous manqué de Delors en 1994. Toute procédure de sélection des candidats a sa logique. Celle des primaires a la sienne, qui s'exprime sous le regard de l'opinion. Jospin, taupe inconsciente d'un mouvement dont le ségolénisme est aujourd'hui l'expression la plus achevée ! Et si, au PS aussi, l'histoire était souvent farceuse ?

François Bazin

Royal coronation

Nov 23rd 2006 | PARIS
From The Economist print edition

The logo for Economist.com, featuring the text "Economist.com" in white serif font on a red rectangular background, which is itself inside a black-bordered white box.

Ségolène Royal ushers in a new era of French politics

FOR once, the word historic is not misplaced. Not only is Ségolène Royal, who will be invested by the Socialist Party on November 26th, the first female candidate from a big political party to contest a French presidential election. Her crushing victory also marks the arrival of American-style image politics in a country used to being run by old-time party hacks.

The scale of Ms Royal's win was stunning. With 61% of the votes of card-carrying Socialists, she topped the polls in 101 of the 104 party federations. The three she lost went to Laurent Fabius, a former prime minister. She beat Dominique Strauss-Kahn, her other rival, even in Val d'Oise, the site of his constituency. In four departments she polled over 80% of the vote. With a participation rate of 82% of the 220,000 party members, she now has a clear mandate for next April's election.

What makes the triumph most unusual is the way Ms Royal won it. Traditionally French candidates, left or right, work their way up the hierarchy to control the party machine. Yet Ms Royal, unlike her two rivals, did not even belong to the party's 54-strong national bureau. At the Socialist congress a year ago, she barely said a word—deliberately, she confided, to distance herself from a line of men in suits.

She made her base the rural region of Poitou-Charentes, where she was elected president in 2004, far from the Parisian elite. And she used her popularity with the electorate as a weapon with which to conquer the party. This was possible thanks to an open democratic primary and the support of 70,000 new party members.

With the Socialists and the centre-right UMP committed to primaries, a new era of French politics has begun, driven by public opinion, nourished by the media, and based on image and personality. The appeal of both Ms Royal and Nicolas Sarkozy, the UMP head and front-running centre-right candidate, relies on style, personality and symbolism as much as policy.

Both politicians offer strong narratives. Ms Royal was educated at the elite Ecole Nationale d'Administration (ENA), and was an adviser to François Mitterrand—but she fought childhood battles against an authoritarian military father, who considered girls unfit for education. Mr Sarkozy was mayor of Neuilly, the poshest suburb of Paris, but never went to ENA—and his father was a first-generation immigrant from Hungary. "I had neither connections, nor fortune," he says in his latest book, not to mention a "foreign-sounding name".

Second, both embody an anti-elite politics. From her snow-white jackets to her endless talk of internet-driven "participatory democracy", Ms Royal comes across as a novelty in a country disillusioned with its rulers: a listener, in touch with ordinary concerns. She said this week that it was up to the French people to decide whether she should stick to the Socialist manifesto, and that all ideas were welcome on her website. It is in this sense that the fact of her being a woman matters: she is, simply, different to others. There is even an echo of the anti-elite message preached by the National Front's Jean-Marie Le Pen.

Mr Sarkozy, a member of the government whose record he often denounces, has more trouble carrying off such brand differentiation. But his plain-talking style, his popularity among the middle classes who feel their pockets squeezed and his frequent spats with President Jacques Chirac have all let him project an image that sets him apart from the elite.

Third, both candidates reject ideological boundaries and present themselves as modernisers. To the discomfort of Socialist-supporting teaching unions, Ms Royal has suggested that teachers should spend more of their already short working week actually in the classroom. Mr Sarkozy, against republican tradition, favours positive discrimination for ethnic minorities. It is sometimes hard to pin down Ms Royal's policies, but this does not mean she has none. As a former colleague from ENA puts it: "Everybody thinks she is nice and not clever. But the truth is she is very clever and absolutely not nice."

Ms Royal's and Mr Sarkozy's branding techniques may converge, but the end-product is quite distinct. In a poll published this week by BVA, respondents thought Ms Royal "nicer", more "modern" and more "reassuring", but Mr Sarkozy more "competent" and "authoritative".

For now, the momentum is with Ms Royal, who is expected to unveil her campaign team next week. The BVA poll gave her a six-point lead over Mr Sarkozy. Early signs are that her disappointed rivals will rally round. Both Mr Fabius and Mr Strauss-Kahn sent messages of

congratulation soon after their defeat. And the party is buoyed by a sudden whiff of potential victory. Indeed, even as the Socialists are starting to pull together, it is the UMP that is looking shaky.

A fresh challenge to Mr Sarkozy was set off by Mr Chirac's wife, Bernadette, who hinted in the *Nouvel Observateur* last week that her husband might stand again. Michèle Alliot-Marie, the defence minister and a firm Chirac ally, also lashed out at some of Mr Sarkozy's pet policies—and was booed for her pains. Dominique de Villepin, the prime minister, chipped in with an implicit attack on the UMP boss by issuing a warning against “fishing in the waters of the National Front”. It still looks as if Mr Sarkozy will win the party primary in early January hands down—polls give him some three-quarters of party support—but the chiraquiens are manoeuvring to create space for an alternative.

As it happens, a walkover in the primary might not help Mr Sarkozy. Already he is vulnerable to accusations of control-freakery. A minister from his own party, François Goulard, told *Le Parisien* this week that “Sarkozy is incapable of accepting a point of view that differs to his own.” And American experience suggests that a bruising primary like Ms Royal's seldom weakens candidates, and may even end up reinforcing them.

La nueva izquierda europea está sucediendo aquí y ahora, aunque algunos, por tales o cuales razones, se empeñen en no verlo. Cosmopolita, posible, ciudadana, muchos son los calificativos de una izquierda que es real y que gobierna. Una izquierda que ofrece a los ciudadanos hechos concretos -autonomía personal, igualdad, nuevos derechos civiles, empleo de calidad, tecnología e I+D+i, mejores instituciones, protección medioambiental...-. Es decir, calidad de vida, según pautas socialdemócratas y bajo los principios de libertad e igualdad.

La izquierda que gobierna en España y la que podría gobernar a partir del año próximo en Francia es una izquierda con principios y valores progresistas y plenamente adaptada a la realidad sobre la que tiene que operar, la del siglo XXI. Ésta es la única vía para ofrecer respuestas claras y efectivas a los problemas del mundo.

Como sostiene Ulrich Bech, la realidad se ha vuelto cosmopolita. Ése es, precisamente, el plano político desde el que el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero ha impelido un importante giro a nuestra política doméstica y exterior. Empleo y mercado de trabajo, bienestar y producción, libertad y seguridad, nada hay ya que no dependa, en mayor o menor grado, del exterior. De ahí la apuesta por el multilateralismo efectivo y por las Naciones Unidas, de ahí la participación activa en la profundización en la construcción europea -de lo que sirve de ejemplo la aprobación en referéndum de la Constitución Europea-, de ahí los compromisos en materia de cooperación al desarrollo y de lucha contra la pobreza, de ahí una política de inmigración que busca la sintonía con los países de origen de los flujos que llegan a nuestras fronteras.

Al mismo tiempo, las principales razones que estimulan el nacionalismo y la intolerancia en nuestra sociedad son de carácter global: la deslocalización, la guerra, el terrorismo, la llegada de refugiados huyendo de la pobreza, la competencia desleal entre Estados o el comportamiento irresponsable de empresas y otros actores económicos, junto a la destrucción del medio ambiente y el cambio climático y el agotamiento de las fuentes energéticas no renovables. Hoy respondemos a estos retos promoviendo una mayor y mejor coordinación internacional de las políticas nacionales, una actuación eficiente de unas instituciones multilaterales dotadas de mayores competencias y de más legitimidad política. Sólo defendiendo estas actuaciones los gobiernos nacionales pueden conseguir resultados, porque en solitario no es posible.

Desde el PSOE estamos liderando la configuración de la izquierda europea del siglo XXI. Un camino abierto por los socialistas españoles de José Luis Rodríguez Zapatero al que pronto se puede unir Ségolène Royal con sus propuestas de ampliación de ciudadanía, de promoción de nuevos derechos civiles y de exploración de nuevas vías de participación democrática.

Entretanto, en el Reino Unido, Anthony Giddens desde Policy Network, el *think tank* de la Tercera Vía, está explorando rutas para renovar la ya muy extenuada reacción anglosajona ante la vieja izquierda continental. La Tercera Vía se impuso con éxito frente a las limitaciones de la izquierda del último cuarto del siglo XX, una izquierda insegura y a la defensiva, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. La Tercera Vía afrontó el reto de la globalización formulando nuevas políticas, pero lo hizo con poco margen de maniobra al limitarse a medidas de ámbito nacional, algo hoy insuficiente.

Mientras tanto, la derecha sigue perdida, atrapada entre la crisis de los *neocons* y su calamitosa influencia en la escena internacional, el avance de movimientos nacionalistas que predicán una vuelta al Estado nación decimonónico como único dueño y señor de sus fronteras y colectivos ultraconservadores en materia social y moral ajenos a la razón. Frente a los derechos universales, la democracia y la igualdad, asistimos a un preocupante desfile de argumentos basados en la religión, las identidades nacionales y la historia. El PP español ofrece una buena amalgama de esos tres ingredientes. Por el bien de todos, la derecha está obligada a salir de ese preocupante laberinto. Su único recurso, el de una minoría acorralada, consiste en proclamar su supuesta alma liberal de corte anglosajón. Hace tiempo que la derecha nos arrebató el término liberal, que no su esencia, y, como la izquierda estadounidense, lo debemos reconquistar. El liberalismo teórico, predicado pero no practicado de la derecha tiene los pies de barro. Ahora algunos reivindican conceptos con los que difícilmente no podríamos identificarnos, como "la felicidad" del líder *tory* David Cameron. Sin embargo, en el fondo se trata del viejo debate sobre libertad e igualdad de oportunidades. Y sólo desde la socialdemocracia, desde la consolidación de su base y acervo, se aseguran las condiciones que garantizan el ejercicio de la libertad en igualdad, o el camino de la felicidad si se empeñan.

El vacío conservador no nos debe impedir reforzar y articular nuestro proyecto con rigor intelectual. Una exigencia que no nos debe llevar a la trampa de la confrontación abstracta de ideas teóricas con la realidad, y más aún con la realidad heredada por éste u otros Gobiernos. Ello es muy importante para seguir dando forma a la izquierda cosmopolita y real que tanto necesitamos. Ése es también el esquema de David Held.

No comparto, en absoluto, el pesimismo de los que creen que la izquierda ha perdido capacidad política. Tampoco creo que la izquierda se sitúe en la irrealidad o la utopía, como sostiene Daniel Innerarity. Todo lo contrario: la realidad que la izquierda va moldeando desde el Gobierno -ahora mismo en España- resulta mejor que la heredada de la derecha.

Aunque el panorama que contemplamos no nos puede satisfacer. Dista mucho de lo ideal, eso es innegable, pero como apuntaba José Andrés Torres Mora, gobernar siempre implica incertidumbre puesto que significa afrontar la realidad.

Aunque los críticos al cambio político que estamos protagonizando no sean feroces gigantes sino molinos de viento, necesitamos explicar mejor lo que está pasando. Así detendremos ese arrogante desprecio que viene de la derecha y también de parte de una izquierda atónita ante la rapidez de los cambios. En cualquier caso, ningún tipo de boicot debe impedirnos seguir trabajando sobre la realidad con ideas, voluntad y optimismo.